

MAÑARA, LOS MACHADO Y HEIDEGGER

Por AQUILINO DUQUE GIMENO

La Hermandad de la Santa Caridad ya existía cuando Mañara solicitó ser admitido en su seno. Como suele ocurrir en las academias y las órdenes religiosas, no faltaron los recelos ante un hombre rico que se permitía iniciativas insólitas en sus obras de misericordia, pero el Espíritu Santo no andaba muy lejos y la Santa Hermandad acabó por acogerlo entre los suyos y no tardó en proclamarlo Hermano Mayor. Hasta entonces, la Caridad se venía limitando a dar cristiana sepultura a los pobres de solemnidad y confortar a los ajusticiados en el patíbulo. Mañara pensó que no bastaba con los ritos de la otra vida, con la salvación de las almas, sino que antes era preciso pensar en aliviar la miseria de los cuerpos. En mis tiempos de estudiante *in partibus infidelium*, me preguntaron que si era cierto que en España había muchos pobres, a lo que yo, con pérfida demagogia juvenil, contesté que sí, pero que en cambio los ricos eran riquísimos.

Si esto era así a mediados del siglo XX y lo es a comienzos del XXI, cómo no sería en el XVII, y eso que Sevilla era aún Puerta de Oro de las Indias. Dice Nicolás Gómez Dávila, que “lo que preocupa al Cristo de los Evangelios no es la situación económica del pobre, sino la condición moral del rico”, lo cual viene a significar, no sólo que al rico se le va a pedir cuenta del

buen uso de sus riquezas, sino que en principio le cuesta menos ayudar al pobre que al pobre ayudarse a sí mismo. Salir de la pobreza por sus propios medios es posible, pero no frecuente, y por eso, cuando se nos enseñaba que todos éramos hijos de Dios, que todos éramos hermanos y que los más favorecidos por la fortuna debían mitigar la suerte de los menos afortunados, unos de los deberes más primordiales de todo buen cristiano era el de practicar la caridad. La Iglesia entendió muy pronto que la caridad era demasiado importante como para dejarla al libre arbitrio de los fieles, de suerte que, con las imperfecciones que toda empresa humana lleva consigo, resolvió hacerse cargo de su administración. Hasta el advenimiento de la Edad Contemporánea, y aun bien entrada ésta, los pobres no tuvieron otro amparo que el que les dispensaban las instituciones religiosas y, aun así, no faltaban mendigos y vagabundos que pedían limosna de puerta en puerta a los menos pobres que ellos, “por amor de Dios”, “por caridad”.

En una ciudad como Sevilla, emporio del tráfico de Indias, había de todo lo que un puerto comercial trae consigo, en particular toda la miseria que genera y atrae una ciudad en la que se amasan riquezas, y en esa miseria algunos casos tan profundos y extremos que hoy llamaríamos marginales, gente que se moría en la calle pese a la profusión de hospitales y conventos. Ese estado de cosas fue lo que movió a un rico mayorazgo como Mañara, después de una profunda crisis religiosa en el desierto carmelita de Montejaque, próximo a los dominios de su difunta esposa, a suplir las carencias aquellas con su fortuna y con su esfuerzo. El vio que no bastaba con recoger a los desvalidos de las calles y llevarlos a los hospitales de la ciudad, donde paraban poco, y tuvo la suerte de que su primer valedor, don Diego Mirafuentes, el hermano mayor de la Santa Caridad, hiciera causa común con él y no parara hasta meterlo en la Santa Hermandad. Más de un hermano timorato, de los que se oponían a su ingreso, pudo haber proferido el barbarismo de que Mañara entraba en la Hermandad “como elefante en cacharrería”, pero pronto hubieron todos de rendirse a la evidencia cuando el hospicio y el hospital de la Caridad llegaron a ser algo más que soluciones de emergencia para unos días y los transeúntes se convertían en residentes. El desprendimiento del rico Mañara fue de una ejemplaridad eficaz: las instalaciones

de acogida se extendieron a las Atarazanas y la humilde ermita de San Jorge se transfiguraría en una joya del barroco sevillano. Mañara por supuesto no entendía el amor al prójimo sin el amor de Dios y supo compaginar el bienestar de los pobres con las esplendideces de la liturgia. En cuanto a su persona, su vanagloria estaba en ver en cada desgraciado al propio Hijo de Dios.

Dios sabe si en aquel tiempo no faltaban maldicientes que acusaran a Mañara de interesado y calculador, que como buen negociante invertía en obras de misericordia para asegurarse la salvación de su alma. Lo cierto era que sus obras eran producto de su fe, y que esta iba más allá de lo común a la vez que él no presumía de justo ni de ejemplar, sino que se tenía por el mayor de los pecadores. Tanto pulsó esta nota, notoriamente en su testamento, que daría pie a la leyenda del joven Mañara disoluto. Si las buenas obras de Mañara, rayanas algunas en la extravagancia, por no decir en la locura de la santidad, las tomamos como expiación y compensación de los pecados y las abominaciones de que se acusa, se explica muy bien la fuerza literaria que cobraría su leyenda de Tenorio redivivo. Pero ya nos dice el Evangelio que al hombre hay que ir por sus frutos, y la diferencia entre Tenorio y Mañara está en lo que cada uno dejó al pasar a mejor vida. La pregunta que Antonio Machado hace a Don Guido en las coplas a su muerte – “Alguien dirá: ¿Qué dejaste?/ Yo pregunto: ¿Qué llevaste/ al mundo donde hoy estás?” son aplicables desde luego a don Juan, pero no a Mañara. Los Machado, que tanto deben a los viajeros románticos, franceses sobre todo, rinden a su manera homenaje a sus clásicos de ultrapuertos en su drama escénico *Juan de Mañara*, réplica en cierto modo del relato de Próspero Mérimée *Las ánimas del Purgatorio*. Mérimée conocía muy bien a sus clásicos españoles y combinó así el mito de don Juan con la leyenda de Mañara y, sobre todo, con la de Lisardo o del Estudiante de Salamanca, recogida a su vez por don Agustín Durán, antepasado de los Machado y contemporáneo de Mérimée. Mérimée llama a su personaje don Juan de Maraña y da con ello pie a que Alejandro Dumas padre enmarañe aun más el asunto por más que le quite la tilde a la eñe, y monte un truculento espectáculo de *Grand Guignol* con la colaboración musical del cantante Manuel García. Los Machado procuran desenmarañar lo enmarañado en

su *Juan de Mañara*, intriga policíaca que se desarrolla en el siglo XX y cuyo protagonista, presunto descendiente de don Miguel, se debate entre el vicio y la virtud o, mejor dicho, entre el amor profano y el amor divino dentro ambos de los alcances de lo humano. También este Juan, este señorito andaluz, este *dissoluto* impune, se mata literalmente haciendo el bien “por amor de Dios” como su presunto antepasado, y a la hora de la muerte es incapaz de decidirse entre la víctima inflexible de su depravación y la piadosa redentora de sus pecados. Todas las obras teatrales de los Machado, con excepción de *Las Adelfas*, tienen un final abierto, tanto las que acaban con una muerte, como las que acaban con una retirada o un viaje o una despedida amistosa. En casi todas hay una gran conciencia de lo trascendente, pero en *Juan de Mañara* hay algo más, hay certeza, como lo demuestran los versos: “no vive el amor, lo sueña / quien ama sin Dios; amores/ sin caridad, son quimeras”. La clave es el empleo de la palabra *caridad*, cifra de lo que debe ser una vida bien empleada, es decir, una vida en la que no se confunda lo eterno con lo fugaz, o al menos lo permanente con lo transitorio. Si al Don Guido de las coplas es aplicable el dicho de que “el demonio harto de carne se metió a fraile”, no lo es en modo alguno a Mañara, cuyo mayor mentís de su leyenda está en el *Discurso de la Verdad* donde dice que “no es en los días de la vejez, débiles y miserables”, cuando hay que sentar la cabeza y “empezar una buena vida”. Y añade: “Si acá viéramos que un hombre de ochenta años pretendía entrar por paje del Rey, ¿no haríamos burla de su imprudencia, pues empezaba a vivir cuando era razón estuviese cargado de méritos, como de años?”.

Mañara tenía la edad de Cristo cuando fue nombrado Hermano Mayor de la Caridad.

Hay un español egregio del que yo llegaría a ser colega póstumo, pues a sus muchos títulos unió el de numerario de la Academia Sevillana de Buenas Letras, que me acogería a mí treinta y siete años más tarde. Hablo de don José Pemartín, el autor verdadero de aquel plan de bachillerato del 38, que ingresó en la corporación susodicha en el otoño de 1944 con un discurso titulado *Bosquejo de una filosofía sevillana*. Esa filosofía sevillana la cifraba Pemartín en tres figuras eminentes: San Isidoro,

filósofo enciclopédico; Fox Morcillo, filósofo metafísico, y Miguel Mañara, filósofo moral, y justamente al hablar de este último, lo contraponía a otra figura muy en boga en la angustiada y angustiosa Europa de entonces, que era Martin Heidegger. Decía un amigo mío, el poeta malagueño José María Souviron, que el célebre *Guernica* de Picasso era la parte inferior del *Entierro del conde de Orgaz* del Greco, es decir, una muerte sin la alegría de la resurrección. Algo parecido cabría decir de Mañara y de Heidegger, cuyas filosofías tienen en común el señalar al hombre una doble alternativa. Según el filósofo de la existencia, hay una clase de hombre inferior que procura evadirse de las cuitas de la vida pasándolo lo mejor posible y olvidándose de la muerte, y otro tipo de hombre superior que tiene esas cuitas muy presentes y le sumen en la angustia por la que trata de liberarse de la vida vulgar a la que no ve otra salida que la muerte, que es una aniquilación, un anonadamiento. Mañara piensa también en la muerte, pero no hace distinciones entre hombres superiores e inferiores, o entre hombres-masa y superhombres, sino que pone al hombre tal cual ante el dilema de la vanidad y la verdad. Este hombre puede escoger libremente y subir al monte de la vanidad o dirigirse al de la verdad. El que escoge el de la vanidad se despeñará al anonadamiento de las postrimerías, esas postrimerías que son el *Guernica* del Barroco en las que Valdés Leal se adelantó a Picasso. El que escoge el de la verdad tendrá acceso a la parte superior del cuadro del Greco. Para el nihilista todos los hombres están predestinados a la nada, y sólo distingue entre quienes se encogen de hombros y quienes se afligen y se angustian ante lo inevitable. El creyente en cambio distingue muy bien entre las vanidades que se convierten en polvo y las verdades que dan sentido a la existencia.